

El Garbanzo

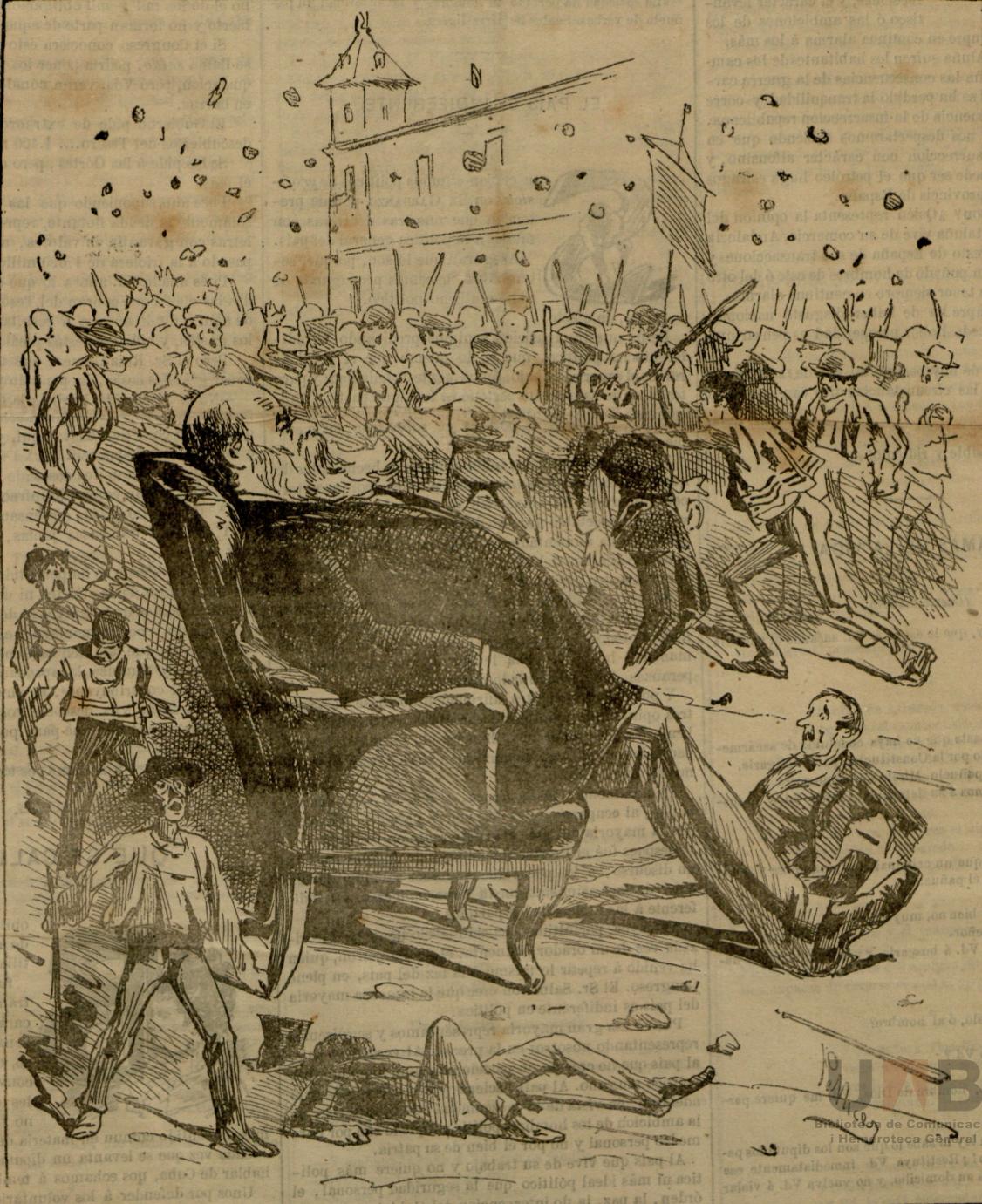
PERIÓDICO DE PRIMERA NECESIDAD.

Una olla por semana.

Un trimestre en Madrid, 5 rs.—Un trimestre en provincias, 6 rs.; un semestre, 11 rs.—20 rs. al año en toda España—Extranjero, 8 rs. trimestre, 14 semestre y 26 un año.—Un año en Ultramar, 40 rs.—Un número suelto atrasado, 4 cuartos.—La correspondencia al Director, Magdalena, 19, principal izquierda.

Una indigestión cada ocho días.

ACTUALIDADES.



Un gobernador radical en un dia de motin. ¡Esperando á que haya motivo!....

ADVERTENCIA IMPORTANTE

Los señores suscriptores cuyo abono termina en 15 de Octubre, y no hayan renovado hasta el martes próximo su abono, no recibirán el número siguiente.

Lo mismo advertimos á todos los correspondentes de provincias que están en descuberto.



AL VEZ á estas horas el magnífico Arsenal del Ferrol esté completamente destrozado.

Según los partes recibidos al entrar en prensa nuestro periódico, las pérdidas ocasionadas por los destrozos ascienden ya a muchos miles de duros.

Lo hemos dicho en otra ocasión. El país sufre las consecuencias de todas estas insurrecciones, y el carácter levantino ó las ambiciones de los

ménos, tienen siempre en continua alarma á los más.

Mientras en Cataluña sufren los habitantes de los campos y de la montaña las consecuencias de la guerra carlista, en el Ferrol se ha perdido la tranquilidad y corre la sangre á consecuencia de la insurrección republicana.

Mañana tal vez nos despertaremos sabiendo que en Andalucía hay insurrección con carácter alfonsino, y pasado mañana puede ser que el petróleo haga estragos en cualquier otra provincia de España.

¿Quién tiene razón? ¿Quién representa la opinión del país? Ninguno. Cataluña vive de su comercio, Andalucía de su cosecha, el resto de España de sus transacciones y de sus negocios. Un puñado de hombres de este ó del otro partido nos han de tener siempre en continua alarma.

En España siempre ha de haber disgusto nacional. Pensar que aquí puede haber prosperidad es pensar una tontería.

Nuestro número de hoy pecará tal vez de sombrío y quejumbroso; pero las circunstancias nos van volviendo pesimistas.

Y á todo esto el Gobierno radical

¡Esto sí que es risible y ridículo!

DRAMAS DE LA VIDA.

(Cuento címbrico.)

—Señor gobernador, que le están á Vd. sacando el pañuelo del bolsillo.

—¿Quién?

—Un ratero.

—Déjelo Vd.

—Pero, hombre!

—Déjelo Vd., que hasta que no haya concluido de sacármelo, no estoy autorizado por la Constitución para castigarle.

—Ya escapó con el pañuelo. Mírelle Vd. cómo corre.

—Ahora procederemos á su detención. Llame Vd. á un inspector.

El inspector viene.

—¡Señor!

—Ha de saber Vd. que un criminal, cuyo nombre y señas ignoro, me ha robado el pañuelo.

—Muy bien, señor.

—Hombre, no; muy bien no, muy mal.

—Eso quise decir, señor.

—Bueno; procederá Vd. á buscarle, y una vez hallado le hará Vd. prender.

El inspector vuelve.

—Ya le tengo aquí.

—¿A quién, al pañuelo, ó al hombre?

—A los dos.

—¿Dónde le ha preso Vd.?

—En su casa.

—En su casa? ¡Pero, hombre de Dios, Vd. me quiere perder miserablemente!

—¡Yot!

—Usted no conoce la ley ni sabe lo que son los diputados para cogérmelas al vuelo! Restituya Vd. inmediatamente ese hombre y ese pañuelo á su domicilio, y no vuelva Vd. á violar el domicilio de nadie!

—Está muy bien. Pero, y luego ¿qué hago?

—Esperar á que el criminal esté en la vía pública.

—Y el pañuelo?

—Que se lo lleve. Ya se lo recobraremos.

—Bien.

A los ocho días.

—Inspector.

—Señor.

—¿Prendió Vd. á aquél criminal?

—No señor; porque aun no ha salido de su casa.

—¿En ocho días?

—En ocho días.

—¡Si yo pudiera ir!

—Dicen que está enfermo.

—¡Enfermo? No voy.

—Dicen que se muere.

—¡Pobrecillo!

—Ahora mismo me avisarán que se ha muerto.

—Descanse en paz.

—¿Le prendo?

—Hombre, no sé qué le diga á Vd. No sé cómo está la ley sobre eso. Sin embargo, en la vía pública...

—Ahora vienen á avisar que ya está enterrado.

—No podemos violar el último domicilio. Haga Vd. publicar ese sueldo en todos los periódicos radicales;

«La cuestión del pañuelo del gobernador no ha podido tener la solución que exigía la ley, porque el ratero ha muerto de hambre encerrado en su casa, lo cual prueba hasta qué punto se respecta el domicilio, y además, que el ratero ha podido ejercer el derecho de morir antes que dar gusto á la autoridad. Donde quiera que vemos un carácter, lo reconocemos.

»La sociedad ha perido un hombre, y la autoridad un pañuelo de yerbas. Séales la tierra ligera.»

EL PAÍS ES INDIFERENTE.



enojan algunos políticos de profesión con EL GARBANZO porque pretenden que nuestras doctrinas son fatales á la política general del país.

Aseguran que lo son, porque, segun ellos, hacemos propaganda de indiferentismo político.

Así es, en efecto.

Desde nuestra aparición venimos predicando el indiferentismo político, que es lo mismo que si predicáramos el amor al trabajo, única fuente de felicidad; y para trabajar no se necesita pertenecer á ningún partido. Unicamente los que no quieren á no querer pacuca en la política y, sobre todo, en la empleomanía.

La propaganda estaba indudablemente hecha antes de que nuestro periódico viera la luz pública, porque al tercer número de EL GARBANZO ya subía la suscripción y venta al respetable número de veintemil ejemplares, número que ha aumentado después, como puede probarse con el testimonio del dueño de la imprenta donde se imprime nuestro periódico.

Es, pues, evidente que el país, en su gran mayoría, es indiferente en política; y lo es, porque está desengañado de todos los partidos: porque todos los que han mandado hasta la fecha le han defraudado en sus esperanzas, le han engañado miserablemente.

Y por si acaso nuestra afirmación no fuese bastante, tres opiniones respetables de hombres políticos que deben estar bien enterados, han venido en muy poco espacio de tiempo á confirmar cuán lógico es el éxito de nuestro periódico.

Primeramente fué La Epoca, si mal no recordamos, la que, al ocuparse de las elecciones pasadas, afirmaba que la mayoría del país era indiferente en política.

Después fué el Presidente del Consejo de Ministros, en un discurso, á los pocos días de haber subido al poder, quien declaró asimismo que la mayoría del país era indiferente á las luchas de los partidos.

Anteayer, por último, ha sido la elocuente y autorizada voz de un orador eminentísimo, el Sr. Salmerón, quien ha venido á repetir lo mismo á la faz del país, en pleno Congreso. El Sr. Salmerón cree que la inmensa mayoría del país es indiferente en política.

Pues á esa gran mayoría representamos y seguiremos representando nosotros en la prensa. Al verdadero país, al país que no cree ya en partido ninguno, ni en hombre político ninguno. Al país paciente y desesperado de todo adelante, en vista de la mezquindad, de la miseria y de la ambición de los hombres políticos, que lo son por puro medro personal y no por el bien de su patria.

Al país que vive de su trabajo y no quiere más política ni más ideal político que la seguridad personal, el orden, la paz, la no intervención del Gobierno en todo para perjudicarlo todo. Al verdadero país, en una palabra.

LA HACIENDA EN CUEROS.

n asunto que interesa á todo el mundo, y del cual vamos á tratar, dejará convencido al curioso lector de lo que son los proyectos de los hombres políticos y de la manera como se presentan.

Los proyectos financieros presentados á las Cortes, y pendientes de su resolución, son tales y están hechos de modo, que al que no esté en los detalles de tal género de documentos, le pueden parecer cosa muy llena de verdad y de franqueza.

Contribuyentes cándidos, oíd esto al oído.

En ninguno de esos proyectos se dice con franqueza y clarito cuál es hoy, día de la fecha, la situación del Tesoro público.

¿Por qué no se dice?

Se nota una oscuridad tal en esto, que al que la observa, no puede menos de sorprenderle.

Se hace constar el importe de la deuda flotante; pero no el de las mil y mil obligaciones que están en descubierto y no forman parte de aquella.

Si el Congreso conociera esto, que en buen comercio se llama saldo, podría poner los medios de hacer una liquidación, pero Vds. verán cómo el Congreso no se para en barras.

El Gobierno pide de extraordinario para pagar los descubiertos del Tesoro.... 1.400 millones efectivos.

Se los pide á las Cortes, pero quien los ha de dar es el país.

Pues aun suponiendo que las Cortes concedan esto, solamente la deuda flotante, representada por pagarés y letras con garantía de valores, ascendería el 30 del mes pasado á la friolera de 1.620 millones.

Pues añade Vd. ahora lo que el Gobierno debe á todas las clases que cobran del Tesoro, y la diferencia que de aquí á fin de año va á resultar entre los ingresos y los gastos, y ajústese estas medidas el Sr. Ruiz Gomez.

Pero el Sr. Ruiz Gomez, que tiene la pretensión de hacer grandes cosas, ha pensado ya en esto y ha dicho:

—No me fijen Vds. límite á la deuda flotante, porque de este modo se evitarán infracciones legales como las que se han cometido hasta aquí, y por las cuales suplico á Vds. que me dispense.

De aquí resultan dos cosas:

1.º Que se han cometido infracciones legales.

2.º Que las Cortes las dispensan.

Y de estas dos cosas juntas, resulta otra que es más negra.

Que el Gobierno se ha permitido emitir efectos públicos sin permiso de las Cortes ni de la Constitución del Estado, por mor de la gravedad de las circunstancias.

Con esto y con aumentar las contribuciones y crear otras nuevas, que también esto entraña en el gran plan financiero, y también lo aprobarán los Diputados que usted, señor contribuyente, ha enviado á Madrid, creo que no quedarán Vds. descontentos de nuestros eminentes hombres políticos, que para puestos en remojo, no tienen precio.

Esto es gozar, y lo demás es tontería.

QUE SE CALLEN.



onitas cosas vamos oyendo á propósito de las Antillas!

Las cuestiones de Ultramar van tomando un carácter tan agrio en el Senado y en el Congreso, que van á acabar por convencer á los españoles de por allá de que no hay aquí los adarves de sentido común en materia de patriotismo.

Cada vez que se levanta un diputado ó un senador á hablar de Cuba, nos echamos á temblar.

Unos por defender á los voluntarios, y otros por defender á los reformistas, dicen cada cosa, que más que españoles nos parecen norte-americanos ó ciudadanos de Venezuela.

Pues no le digo á Vd. nada de las bofetadas de democracia que le suele dar el Gobierno al elemento español de la isla!

Si yo fuera voluntario de la Habana, le habría de escribir á algún ministro:

«No nos defienda Vd. porque nos va Vd. á volver locos.»

De los que se llaman reformistas no le digo á Vd. nada. Hay caballero de estos que se llaman abolicionistas, que segun un periódico, acaba de vender en Cuba todos sus negros, y hasta el ama que le dió de mamar.

Al Sr. Diaz Quintero le ha dado por los voluntarios.

El Sr. Moncasi tuvo algún tiempo la monomanía de los fusiles, como Suñer la de Dios. A este otro amigo le dál el naipe por los voluntarios de la Habana.

Le digo á Vd. que entre unos y otros van á acabar por perder la isla de Cuba.

La Habana se vá á perder,
la culpa tiene el dinero,
cantaban hace algun tiempo por ahí.

Ahora podríamos cantar:

La Habana se vá á perder,
la culpa tienen los cimbrios.

Nosotros creímos, que estando la isla de Cuba como está, no era ocasión de discutirla, sino de conservarla.

Pero ya se vé, eso de conservar parece cosa de conservadores. Contentos deben estar los voluntarios de Cuba con toda esta gente!

A los cimbrios, y á los progresistas y demás gente de medio pelo, se les figura que se puede ser liberal en un país como Cuba, donde un átomo de libertad concedida por el general Dulce bastó para ver lo que podía resultar de aquello. Si dura dos días mas arde la Habana.

Ruiz Zorrilla ya no se acuerda de que la revolución de Setiembre se hizo en un barco al grito de ¡viva la reina!

Pues lo mismo le digo á Vd. de la conservación de Cuba. Como no se conserve al grito de ¡viva España! no hay tu tia. Lleve Vd. á la Habana los derechos individuales y verá Vd. qué paso lleva aquello.

Afortunadamente, allí hay quien pierda la vida defendiendo el territorio palmo á palmo: que si fueras á defenderse con los discursos que hacen aquí los reformistas por un lado, y los ministeriales por otro, ya estaban frescos los españoles de Ultramar.

Sigan Vds. barborizando unos y otros, que entretanto mueren allí los soldados como moscas, y los voluntarios recorren los campos metidos en agua y durmiendo en los pantanos, y perdiendo la salud, la hacienda y la vida....

Allí quisiera yo ver á todos estos diputados y senadores tan fogosos y tan elocuentes.

¡Dá disentería oír ciertas cosas!

TEATROS.

Pocas novedades. Estreno de *Rafael* con gran éxito en el teatro Español, y primeras representaciones en esta temporada del conocido proverbio *No la hagas y no la temas*, en el que Ricardo Morales ha estado á grande altura, y la Boldún tan encantadora como siempre.

**

Se abrió el teatro Real. La primera noche hubo la oposición que hay siempre en España á todo negocio naciente. Todo el mundo procuró hincar el diente. Las demás noches todo ha ido bien. Aplausos, gente, afición, etc.

El primer turno es el mejor de todos.

**

En la Zarzuela el beneficio de Ramos Carrion, á quien felicitamos por su restablecimiento. Leyó una bellísima poesía aquella noche.

**

En los Bufos estreno de un folleto contra Arderius, cuyo título y autor callamos por hacer favor á este.

Se ha querido poner en evidencia á Arderius, y ni esto es propio de la escena, ni permitido, ni le ha parecido bien á nadie.

**

En el Circo estreno de un drama de García Gutierrez titulado *Doña Urraca de Castilla*.

No nos alcanza el tiempo para dar cuenta del éxito, y lo haremos en el número que viene.

**

Comparad, autores españoles.

24.000 duros ha producido en París á Sardou las representaciones de su comedia *Rabagás*.

Una verdadera zarzuela.

Un doctor polaco ha devuelto la vista en París á la hija de Tamberlik. En seguida ha pedido su mano y se ha casado con ella.

No es este el argumento de *Luz y sombra*?

DEBAJO DE LA CAMA

NOVELA ORIGINAL.

(Continuación.)

—¡Bien pensado! Es decir... antes debías convencerte....

—Sí sigue en Madrid la mató. Pero á quien mataré de todos modos será á él... al pícaro seductor, yo te lo juro.

—Sí, á él debes matarle... dijo D. Frutos, que se ponía por un momento en el caso de D. Juan, y sentía que la sangre le retoraba en el cuerpo; á él sí. ¡Yo haría lo mismo!

Figúrate, lector, el buen rato que Gustavo pasaría oyendo esos consejos. Un sudor se le iba y otro se le venía, y se ponía amarillo, verde, rojo, de todos los colores posibles.

—Me marchó á la alcaldía á ver si logró que esa mujer me descubriese todo el hilo de la infamia.

—Vé con Dios, Juan; pero ante todo... no te fies de las apariencias; mira que muchas veces...

—Adios, dijo D. Juan; y dí á esa ingrata, añadió en voz alta para que ella lo oyese, que acabó para mí, que me avergüenza de haberle dado mi nombre.

Dicho esto salió. D. Frutos le acompañó hasta la escalera.

Gustavo que, con la cabeza apoyada en el suelo, había mirado desde su escondrijo al marido de Felisa, tuvo un momento de angustia que se hizo mayor luego.

En la precipitación de ocultarse, cuando D. Frutos llegó, había dejado sobre una silla su sombrero, en el cual afortunadamente no había reparado el marido.

Cuando Gustavo lo vió, creyó llegado su último momento, y estaba ya viendo á D. Frutos reparar en aquel sombrero, sospechar, buscar luego á su dueño y encontrarle.

Esta inquietud aumentó cuando D. Juan, al marcharse, por tomar su sombrero tomó el de Gustavo.

Si llega á ponérselo en el gabinete, ó en la sala, todo se habrá descubierto; pero felizmente, D. Juan sentía demasiado calor en la cabeza, y no se lo puso hasta llegar á la escalera.

Gustavo, que comprendió lo que iba á suceder, aprovechó aquel instante en que el gabinete estaba solo, salió de debajo de la cama, cogió el sombrero de D. Juan, que era mucho mayor que el suyo, y volvió á meterse en su escondite, apabullando el sombrero para apoyar en él su cabeza.

Sucedió en este tiempo lo que era natural que sucediera. Cuando D. Juan fué á ponerse el sombrero, se le quedó en la coronilla.

—¡Este no es mi sombrero! exclamó.

—Será el mio, dijo D. Frutos. ¡Pues no es! añadió luego sorprendido.

—Pues yo he traído el mio.

—¡Imposible!

—Te digo que sí!

—Entonces será ese!

—¿Cómo ha de ser, si ya vés como me queda?

—¿Pues de quién ha de ser, no siendo tuyo?

—Verás como el mio está en el gabinete.

Y volvieron al gabinete, y buscaron el sombrero que, como es natural, no pareció.

—Lo vés! dijo D. Frutos, que ya había empezado á sentir ciertas inquietudes.

—¡Pues te aseguro que yo he traído mi sombrero!

—Estás medio loco; no es extraño.

—Pero hombre, ¡si estoy seguro!

—No seas tonto. ¿Vienes ahora de tu casa?

—Nó, de la alcaldía.

—Pues allí lo habrás cambiado.

—¡Te digo que he traído mi sombrero!

—Hombre, no seas terco. ¿De quién había de ser ese?

—¡Qué sé yo! Tienes razón, estoy trastornado; acaso no habré notado hasta ahora que este sombrero no era el mio.

Y se lo puso, y salió con él, puesto al modo de solideo sobre el ocipucio.

Gustavo respiró con fuerza. Se había salvado por entonces.

CAPITULO IX.

Una solución inesperada.

D. Frutos, cuando despidió á su desesperado amigo, volvió al gabinete, en el cual entraron también Concepción y Felisa.

—¿Se ha convencido? Preguntó ésta.

—Completamente, dijo D. Frutos; está convencido de que Vd. le ha faltado.

—¡Ah!

—Y mañana la envía á Vd. con su familia.

—Dios mio! ¡Qué vergüenza!

—Señora, haberlo pensado antes.

—¡Cómo!

—Quiero decir que... es doloroso, efectivamente, añadió D. Frutos, que no podía menos de expresar sus verdaderos sentimientos.

Y para él, en vista de aquellas cartas, Felisa era culpable. Esta no cesaba de llorar, y Concepción lloraba con ella, des-

ahogando así la opresión que sentía por el compromiso en que Gustavo la había colocado.

Así pasó una hora; lloraban las dos mujeres, Gustavo temblaba, y D. Frutos se convencía más y más de la culpabilidad de Felisa.

Gustavo, cuando después de coger el sombrero de D. Juan volvió á colocarse en la postura que antes tenía, sintió dolores atroces, producidos por el cansancio y la dureza del suelo.

—Me parece oportuno que te acuestes, Frutos, dijo Concepción, que ansiosa el momento de que su marido se durmiese para hacer salir de allí á Gustavo.

—Bueno, me acostaré, pero Vd. Felisa, debe acortarse también y descansar. Si en efecto Vd. es inocente, el tiempo lo aclara todo, y quedarás Vd. en el lugar que le corresponda.

—Sí, Felisa, dijo Concepción, te acostarás y procura dormir.

—¡Imposible!

—Al menos descansarás.

—Eso es, ¡descansarás Vd!

—Pero Dios mio, ¿qué he hecho yo para ser tan desgraciada? exclamó en uno de esos momentos en que hacia dudar á D. Frutos.

—Conseléjese Vd., dijo éste, todo al fin se descubre, y Juan descubrirá indudablemente el misterio de esas malas apariencias que condenan á Vd.

Por fin convencieron á Felisa, y se decidió á echarse en una cama que le improvisaron en la habitación donde había permanecido mientras estuvo su marido en el gabinete.

Cada vez que salía de este Concepción, se apoderaba de ella el terror si quedaba allí D. Frutos, pues temía que cualquier casualidad le hiciera descubrir á Gustavo.

Ya se había acostado Felisa, y había vuelto á desnudarse D. Frutos.

Concepción se disponía de nuevo á apagar la luz, para que, aprovechando la oscuridad, saliese Tenorio del escondrijo, y conseguir no desnudarse delante de él, cuando tres golpes dados á la puerta de la calle con violencia, seguidos de otros tres después de un corto intervalo, y de otros tres luego, hicieron comprender á los esposos que D. Juan era quien llamaba.

(Se continuará.)

ENTRE RUIZ GOMEZ Y UNO DE SUS COLEGAS.

—¿Qué opina usted del pacto de Oroquieta?

—Pues opino... que no hay una peseta.

—Lo del Ferrol traerá disgustos hartos.

—¡Si vierá usted qué mal estoy de cuartos!

—Pero hombre qué nación tan desdichada!

—Pero hombre, ¡y qué tronada!

—¿Qué dice usted del clero?

—¿Quién, yo? Pues... ¡que me coje sin dinero!

Pasan ya de 6.000 los oficiales adheridos al pensamiento magnífico de la revisión de las hojas de servicios.

Verdaderamente que el único medio de que sepamos lo que vale cada oficial español es ese.

Algunos sé yo que tiemblan al pensar que se llegue á realizar un día la revisión.

Por algo será.

Me adhiero al pensamiento.

El señor de Albareda, ex-unionista, y luego liberal montpensierista, y amadeista luego y aun ahora, y elegante escritor, declama y lucha, diciendo que esto está comprometido y que el país sucumbe dividido; y á guisa de responso,呈ente que se acerca el niño Alfonso. Pues, señor de Albareda... ¡que se salve el que pueda!

El duque de la Torre y el marqués de Salamanca van de caza uno de estos días.

Fíguese Vd. si estos dos amigos juntos cazanán.

Son capaces de cazarse el uno al otro.

La señora Tortolini tiene un fuerte constipati, que le den un picoróni con salchichi de tomate.

Biblioteca de Comunicación i Hemeroteca General

—Don Manuel, están luchando y están fuera de la ley,

—Y Vd. lo está tolerando?

—Eso es bueno: y así el rey...

—¿Qué hará?

—Se la irá tragando!

—Pido la palabra.
—Para qué?
—Para...
—No hay palabra.
—Es verdad; si hubiera palabra, ¿estariamos aquí *musotros*?

* *

Un diputado nuevo
ha dado en almorzar velas de sebo,
y un senador muy grave,
quiere abrir la sesión con una llave.
—Si yo me lo temía,
que esta gente novel no gustaría!

Este no nos lo han contado, que lo hemos oido. Llega un diputado corriendo á la calle de la Libertad cuando acaba de ocurrir el hundimiento de una casa, y dice muy alarmado:

—¿Qué es? ¿Qué es?
—Que se ha hundido una casa y han perecido cinco obreros.
—Toma! Yo pensé que era alguna cosa de orden público!
Y se marchó refunfuñando.

* *

Escriben del Ferrol
que no queda en las calles ni un farol,
porque así que las tropas arribaron
casi todas las luces se apagaron.
A esta luz, ¡oh patriots!
revisadme las hojas de servicios.

—Madre, aquí hay unos carlistas que vienen de parte del gobierno á que les demos todo lo que que haya en casa!

—Diles que acabo de pagar la contribución á unos soldados, que me solo han comido 16!

* *

Un muchacho vé á su padre cazar un pavo con nueces, y le agrada el sistema.

Al dia siguiente se vé solo, coge un pollito y le encaja una nuez que se queda detenida en el pescuezo del ave.

Agitase el pollo próximo á asfixiarse, se asusta el chico, coge dos piedras y machaca entre ellas el cuello del animal.

La nuez pasa, pero el pollo...

* *

A caballo en una yegua
que ha tomado doble pieño,
va oliendo á cuco á una legua...
—Pero quién es?

—Sanchez Bregua
que va á cazar un ascenso!

Ha llegado un ayudante del general Baldrich á conferenciar con el gobierno.

—¿Qué le parece á Vd.? ¡A que resulta de esto alguna partida nueva?

—Vengo porque el general
no quiere que aquí se entibie
el entusiasmo oficial.
—¿Y cómo está aquello?
—Mal.
—Dígale Vd. que se alivie.

* *

Son muchas las quejas que, ya por palabra, ya por escrito, hemos recibido de varios empleados del cuerpo de telégrafos, en que, á vueltas de lisonjeras palabras, se nos culpa de haber maltratado á dichos señores. Es un error. Nosotros hemos hecho un artículo humorístico, pero no un insulto personal, porque no solemos hacerlos nunca, y además sabemos cuán penosa es la vida del telegrafista en España; pero esos mismos señores nos confiesan que el servicio está mal montado, que las líneas están en un estado deplorable... de quién es la culpa? Del Gobierno? De la Hacienda? De *arriba*? Pues estamos conformes Vds. y yo! ¡Sí yo muy bien que están Vds. mal pagados, peor atendidos, y olvidados completamente del Gobierno!

Y digo todo esto á aquellos que me han hablado ó escrito con amabilidad, con cortesía, con cariño. En cuanto á los que me han dirigido groserías, les perdono su mala educación y no me acuerdo de sus nombres.

* *

—¿Qué sucede en el Banco de Sevilla?

Hemos visto en un periódico un artículo que se titula *¡Luz!* Al principio creímos que llamaban á alguna perra; pero luego hemos leído algo de excesos escandalosos cometidos en el Banco de Sevilla.

—¡Que se cuente!

* *

—Quiere Vd. leer un libro muy curioso?

Pues compre Vd. el que acaba de publicar el Sr. Alvarez Guerra, titulado, *De Manila á Marianas*. Es una interesante relación de viaje que se vende en las principales librerías.

* *

—Tome su libro y lea.

* *